

Matth. 5.

Mansedumbre muy grande de los indios.

cristiana y para agradar á Dios, y por el consiguiente para alcanzar la gloria del cielo. La primera es ser gente pacífica y mansa (que ambas á dos cosas pone el Redentor del mundo entre las ocho bienaventuranzas, diciendo: « Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra; » es á saber, de los vivientes: « Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios »), y tanto, que tratando de esta materia, refiere cierto venerable obispo de estas Indias en unos sus escritos, que habiendo estado entre ellos antes de obispo, no sé si quince ó veinte años, no habia visto reñir un indio con otro, sino solos dos mozos, que el uno al otro se iban dando con los cobdos sin hacerse mal. Y lo mismo pienso que podría yo firmar de tantos, y por ventura mas años, los primeros despues que vine á esta tierra; empero ahora ya veo que han aprendido á reñir los mozuelos medio jugando, que no los grandes, sino cuando con el vino están fuera de sí, que entonces sin alguna ocasion se matan como bestias. La causa de su natural mansedumbre es falta de cólera y abundancia de flegma, y á esta causa padecen harto con nosotros los españoles, que como somos coléricos, queriamos que no fuese dicho, cuando fuese hecho lo que les mandamos y pedimos, lo cual hacen ellos tan poco á poco, que no nos pueden dar contento. Tambien podría ser que esta su mansedumbre fuese adquisita, procurada, y enseñada entre sí mismos, como á la verdad la enseñaban los padres á sus hijos, aun en el tiempo de su infidelidad. Y en los señores y gente principal no se podía notar mayor falta que verlos enojados. Si se les daba ocasion por sus inferiores, mandábanlos castigar, mas sin mostrar turbacion en el rostro ni en otros meneos, sino con todo el sosiego y reportacion del mundo. Y así de los sacerdotes y religiosos (*despues del vicio de la carne*<sup>1</sup>), no pueden ver en ellos cosa que mas los escandalice, que reñir unos con otros, ó verlos turbados cuando á ellos les riñen. Si el fraile que los tiene á cargo, sabida la culpa de un indio (aunque sea alcalde del pueblo ó gobernador), lo llama aparte y se la reprende con amor y caridad, y le dice que para aplacar á Dios á quien tiene ofendido haga allí luego penitencia, se despojará con entera voluntad y se azotará él mismo ó se dejará azotar de otro, y dará muchas gracias al fraile, diciendo que le ha hecho mucha merced. Mas si ve que le mueve enojo y está con alteracion ó turbacion, ó se le desvergonzará y irá á los ojos, ó se irá á quejar

<sup>1</sup> Estas palabras están borradas en el MS.

de él, ó ya que mas no pueda, lo tendrá en mala posesion, y dirá que es como los cristianos, por decir que es como un seglar. La segunda condicion de los indios es simplicidad, por lo cual si no hay en los que con ellos tratan conciencia, son fáciles de engañar. ¿Qué mayor simplicidad, que cuando al principio los españoles llegaron en cualquier parte de Indias, pensar que eran dioses ó hombres del cielo, aunque los veian con armas ofensivas y dañosas, y recibirlos como á ángeles, sin algun recelo? ¿Y pensar que el caballero y el caballo eran una misma cosa? ¿Y tambien que los frailes no eran como los otros hombres seglares, sino que por sí se nacia? ¿O que los frailes legos eran las madres que los parian? ¿Qué mayor sinceridad, que tener en mas estima las contezuelas de vidrio que el oro? ¿Y en el tiempo de ahora, comunmente (fuera de algunos pocos que han abierto los ojos) dejarse engañar á cada paso, comprando gato por liebre, zupia por vino, lo podrido por sano, sin hacer diferencia de lo malo que les dan á lo que habria de ser bueno? Y esta es una de las ocasiones por do corren peligro las almas de los españoles en tierra de Indias, porque muchos no hacen conciencia de engañar á los indios, vendiéndoles por bueno lo que entre españoles que lo entienden no habria quien lo quisiese comprar. Verdad es que algunos de los indios ó indias tambien saben entre sí usar este trato á manera de gitanos, renovando lo viejo para que parezca nuevo, y haciendo otros semejantes embustes; pero el comun de los indios en esto y en todo lo demas son fáciles para ser engañados, por su sinceridad y buena confianza. La tercera cualidad es pobreza y contentamiento con ella, sin cobdicia de allegar ni atesorar, que es el mayor tesoro de los tesoros, mayormente para un cristiano, que si de veras ha de seguir á su capitan Jesucristo, no ha de hacer mas caso de los tesoros y riquezas del mundo, que si fuesen un poco de estiércol, como lo hacia el apóstol S. Pablo, y se preciaba de ello, y se contentaba con la comida que bastase á sustentar su cuerpo, y vestido con que pudiese cubrir sus carnes. Esta doctrina ejercitaban, aun siendo infieles, los indios, como si se la oviera predicado y metido en las entrañas el mismo Hijo de Dios, que lo podía hacer. Y la ejercitan ahora la mayor parte del comun, contentándose los mas de ellos con su pan de maiz y el chile ó pimienta que en España llaman de las Indias, con algunas yerbezuelas; pero si les dan carne ó la alcanzan, de muy buena gana la comen, y en esto se conforman con lo que el mismo apóstol decia: « Sé abundar á veces teniendo lo sobrado, y sé padecer mengua y pasar con ella. »

Simplicidad de los indios.

Pobreza grandísima de los indios.

Philip. 3.

1 Thim. 6.

Philip. 4.

El vestido del indio plebeyo es una mantilla vieja hecha mil pedazos, que si el padre S. Francisco viviera hoy en el mundo y viera á estos indios, se avergonzara y confundiera, confesando que ya no era su hermana la pobreza, ni tenia que alabarse de ella. Pues entren en la casa del indio, y las alhajas que hallarán en la choza (como la de S. Hilarion) cubierta de humo, es una piedra de moler, y unas ollas viejas, y cántaros, y si tiene una estera rota por cama para descansar en ella, no es poco regalo, porque muchos no la tienen, sino el suelo duro. Y no se engañen los que piensan que los indios no usan de la pobreza, ni la conocen por virtud, sino á mas no poder, porque un indio principal de Tlalmanalco dijo á cierto religioso, que los indios recibian grande ejemplo de ver á los frailes con hábitos remendados, porque sabian que los podian traer nuevos, y por amor de Nuestro Señor Jesucristo querian andar pobres. Indios hay tambien ricos, y que saben granjear y buscar lo que han menester, y pasan con regalo su vida; pero son muy pocos en comparacion de los pobres. Y aun estos no amontonan dinero para guardar en sus arcas, ni se fatigan por el dote que han de dar á sus hijas, ni por el mayorazgo que han de hacer en sus herederos, sino que en allegando ciento ó doscientos ó mas ducados, conforme al intento que tienen, hacen para la iglesia un frontal ó una casulla, ó un cáliz ó una imagen de un santo, con andas ó sin ellas, y por festejar la ofrenda que hacen á Dios, convidan á sus parientes y vecinos. Otros que no tienen tan buen espíritu, todo lo gastan en fiestas y en banquetes. Y por el contrario, algunas indias viejas andan zaqueando y recogiendo con harto trabajo lo que ganan, andando cargadas de mercado en mercado, y su comer y vestir es como el de los muy pobres, y lo que afanan es todo para ornato de la iglesia de Dios, como arriba se dijo de algunas en el capítulo diez y siete. Y en conclusion es esto cierto, que no crió Dios, ni tiene en el mundo gente mas pobre y contenta con la pobreza, que son los indios, ni mas quitada de cobdicia y avaricia que (segun S. Pablo) es raiz de todos los males, ni mas larga y liberal de lo poco que tienen. De humildad, hartos ejemplos se pueden colegir de lo que hasta aquí se ha dicho. ¿Qué mas humildad que ponerse un gran señor á barrer la iglesia? ¿Qué mas que dejarse azotar como un muchacho? ¿Qué mas desprecio de sí mismos, que coger la basura en la ropa que traen vestida (que es uso general de todos ellos), y arrojar el sombrero en el suelo cuando han de hablar á quien tienen algun respeto? De obediencia, no tiene que ver con la suya la de

1 Thim. 6.

Humildad de los indios.

Obediencia de los indios.

cuantos novicios hay en las religiones. No parece sino que con solos ellos hablaba el apóstol S. Pedro, cuando dijo: «Sed súbditos y sujetos á toda humana criatura,» pues que en solos ellos se verifica. Blancos y negros, chicos y grandes, altos y bajos, todos les mandan, y á todos obedecen. No saben decir de no á cuanto les mandan, sino que á todo responden, *mayhui*, que quiere decir hágase así. Y aunque algunas cosas no hagan porque no les cuadran, á lo menos el Mayo<sup>1</sup> ha de correr por todos los meses y tiempos del año. La paciencia de los indios es increíble. Dijo el Hijo de Dios en su Evangelio: «Que ninguno puede servir á dos señores juntamente, porque ó aborrecerá al uno y amará al otro, ó sufrirá al uno y no hará caso del otro.» Y sin que falte esta verdad (como no puede faltar), vemos que sufre el indio á una mala vision de mandones sin saberse quejarse, ni chistar, ni murmurar, llevándolo todo con igual voluntad como si fuese obligado á todo. Ya le manda el alcalde que vaya á trabajar á su labranza, y va á la labranza; aun no ha vuelto á su casa, cuando el gobernador le manda que le acarree agua á la suya. Cógelo luego el regidor y entrégalo á un español por una semana. Por otra parte lo busca el alguacil para que vaya al repartimiento. Tras esto se ofrece una fiesta de la iglesia, mándanle que vaya por ramos al monte, ó á la laguna por juncia. Échale otro mano para que al pasajero le lleve su ható ó carga. Otro le envia diez ó veinte leguas por mensajero con cartas. Viene virey ó arzobispo ó otro personaje á la tierra, ha de ir á aderezar los caminos. Hácense fiestas ó regocijos en México, fuérganlo que vaya á hacer barreras, tablados y lo demas, y todo lo ha de hacer sin réplica. Y esto es nada en respecto de lo mas, y es que los bueyes, cabras ó ovejas que pasan ó meten por sus sementeras, le comen lo que tenia sembrado y habia de coger para todo el año. El pastor le lleva hurtado el hijo, el carretero la hija, el negro la mujer, el mulato le aporrea, y sobre esto le llega otro repartimiento de que vaya á servir á las minas, donde acaba la vida. Por momentos le riñen y aporrean sin ocasion, aperrean y maltratan, porque ellos no le entienden ni él los entiende, le apalean y azotan sin culpa, y él calla y no se excusa. Es cierto que considerados los continuos trabajos, daños y vejaciones que esta miserable gente de nosotros recibe, suelo maravillarme cómo no se van á las montañas y riscos con los chichimecos, ó por esa larga tierra que en centenares de leguas

1 Petr. 2.

Paciencia de los indios.  
Math. 6.

<sup>1</sup> Parece que esta palabra la usa el P. Mendieta, por cierta semejanza con la de *mayhui*, que dice usaban siempre los indios por respuesta.

Perdonan las injurias fácilmente los indios.

Conformidad de los indios con lo que Dios ordena.

está descubierta. También se prueba la paciencia en la facilidad con que perdonan las injurias y ofensas. Ninguno de ellos habrá sido tan ofendido, que con mediana persuasión de un sacerdote deje de perdonar luego al que le ofendió. En la paciencia y conformidad con la voluntad de Dios con que mueren, quisiera alargarme un poco, por ser muy notable y ejemplar para los cristianos viejos, y no puedo por ir tan largo este capítulo. Basta decir que ninguno de ellos muere con la inquietud y pesadumbre que muchos de los nuestros, mostrando alguna impaciencia ó que le pesa de morir, sino con muestras de contento de que se cumpla en ellos la voluntad de Dios. Y así lo responden de palabra al confesor ó á otro que los quiere en aquel paso consolar, diciendo: «Padre, ¿ya no sabemos que hemos de morir? ¿Por ventura es perpetua nuestra morada en la tierra? ¿No hemos de ir este camino cuando nuestro Dios y Señor fuere servido? Aquí estoy: hágase su santa voluntad.» Y no solo á grandes, sino también á niños, me ha acaecido oír en aquel paso cosas que me dejaban admirado y enternecido de gozo, porque me parecía que los veía ir volando al cielo. Y la razón porque en este caso nos hacen ventaja, es por estar ellos más despegados de los bienes y cosas de la tierra, y tener en el corazón más impresa la memoria de la brevedad de la vida.

## CAPÍTULO XXII.

*De los beatos de Chocaman, y de otros indios que se han señalado en querer seguir la vida evangélica.*

Rom. 10.

Joan. 3.

**D**OCTRINA es del bienaventurado apóstol S. Pablo, escribiendo á los romanos (muy diferente de la que nosotros platicamos), que para con Dios y ante su divina presencia, no hay diferencia del judío al griego, ni del bárbaro al escita, ni del español al indio, porque él es Criador y Señor de todos, y tan rico y poderoso para el uno como para el otro, y obra en el uno así como en el otro, cuando lo llama y invoca su santo nombre. Y el mismo Señor nos lo dijo más breve: «Que el Espíritu Santo á do quiere y en quien quiere espira y inspira buenos deseos y santos propósitos.» Digo esto, porque con ser los indios tan bajos y despreciados cuanto algunos los quieren hacer, ha habido muchos de ellos que han mostrado muy veras en sus obras el menosprecio del mundo, y deseo de seguir á Jesucristo con tanta eficacia y con tan buen espíritu, cuanto yo,

pobre español y fraile menor, quisiera haber tenido en seguimiento de la vida evangélica que á Dios profesé. De estos muchos, traeré en consecuencia algunos, para que confusos de su ruin vida, comparada á la de estos, se vayan á la mano los que se precian de apocar y abatir y maldecir los indios. Á un indio natural de la ciudad de Cholula, llamado Baltasar, comunicó nuestro Dios tan buen espíritu, que no se contentó con procurar de salvar su sola ánima, sino que anduvo allegando por los pueblos circunvecinos (como son Tepeaca, Tecali, Tecamachalco y Guatinchan) los indios que pudo atraer á su opinión y devoción, y habiendo buscado en todas las sierras que caen detrás del volcán y sierra nevada de Tecamachalco, lugar cómodo y aparejado para lo que pretendía, que era tener quietud para darse á Dios en recogimiento y vida solitaria sin ruido, los llevó á los que tenía persuadidos y lo quisieron seguir, con sus mujeres y hijos (los que los tenían) á un asiento cual deseaba, entre dos ríos que salen de la misma sierra nevada, el uno grande y el otro pequeño. El grande lleva una espantable barranca, que para bajar á ella desde el sitio que Baltasar escogió, no pueden sino por escaleras de madera. En este lugar hizo una población de hartos vecinos, á la cual puso por nombre Chocaman, que quiere decir lugar de lloro y penitencia, y púsolos en muy buenas costumbres, haciendo de común consentimiento ciertas ordenanzas y leyes de cómo habían de vivir, y lo que habían de rezar; y finalmente, el modo de cómo en todas las cosas se habían de haber, que si yo imaginara ahora cuarenta años que había de escribir esto, lo oviera sabido todo y lo pusiera aquí por extenso. Solo me acuerdo que dieron estos indios grande olor de buena fama, por donde los llamaron beatos, y que fué mucho su recogimiento y mortificación; tanto, que las mujeres por ninguna vía ni causa miraban á la cara á algún hombre. El padre Fr. Juan de Ribas, uno de los doce, fué muy aficionado á estos indios, y los iba á consolar y esforzar muchas veces, y con su calor se alentaron y sustentaron en el rigor de penitencia y santas costumbres que habían comenzado. Y aunque ellos pidieron en los capítulos algún religioso ó un par de ellos, que los tuviesen debajo de su amparo y doctrina (porque con la mudanza del tiempo no desmayasen), no hubo efecto su petición, porque en aquella sazón había otros pueblos grandes que anhelaban por lo mismo, y no lo alcanzaban. De suerte, que entrando un padre clérigo por beneficiado de otros pueblos de aquella comarca, por cercanía los redujo á su cargo, habrá treinta años ó poco menos, y á esta causa

Beatos de Chocaman, indios recogidos.

Donados indios.

no sabemos en lo que han parado, y lo mas cierto será, que habrán vuelto al modo comun de los otros indios. Los frailes de nuestra orden hemos usado recibir por donados, ó á manera de ellos, algunos indios que se aplican á vivir entre nosotros recogidos, sin quererse casar, sino servir en nuestros monesterios como los frailes legos, lo cual no he visto en las otras religiones. Estos donados son de solo nombre, porque no hacen voto, ni se obligan á cosa alguna, ni la orden á ellos, mas de que se les da una túnica parda con que andan vestidos, y ceñidos con un cordon, y si prueban bien, perseveran en el monesterio, y si no, vuélvense al siglo. Yo he favorecido lo que me ha sido posible á los que han venido con esta devocion y buenos deseos á nuestra compañía, no faltando otros que han sido de contrario parecer, porque (como en otras materias se ha tocado) nunca el de los hombres suele venir á conformar en una cosa por acertada que sea. Lo que á mí me ha movido y mueve, es parecerme terrible inhumanidad, y de que Dios pedirá estrecha cuenta, querer privar á toda una nacion y gente innumerable, de todo recurso y ayuda para poder vivir religiosa y espiritualmente. Porque ya sabemos que fuera de las religiosas congregaciones y monesterios, quedándose los hombres en la conversacion y tráfago del mundo, por muy buenos deseos que tengan, por maravilla podrian vivir conforme á lo que pide y requiere el espíritu. Y á esta causa los hombres del siglo vienen á pedir el hábito de las religiones. Pues si estos miserables indios están ya del todo despedidos de profesar en alguna de ellas (porque en ninguna se admiten ni aun para legos), ¿no les ha de quedar siquiera este pequeño recurso á los que Dios llamare para se recoger, que anden con una tuniquilla, como familiares de la orden, sirviendo á los frailes? Mayormente siendo tan sin perjuicio de la religion, que en haciendo cosa que no deba, no hay mas dificultad que quitarle la túnica, y decirle que se vaya con Dios. El no consentirles túnica larga como hábito de fraile, ni manto, ni sombrero de fraile con que parezca fraile, muy bien me parece, y no dejarlos andar solos fuera del monesterio; pero en lo demas no sé en qué pueden tropezar ni hallar inconveniente. Añado otra vez, habiendo visto y experimentado el buen ejemplo que han dado, y provecho y servicio que han hecho los mas de ellos, que cuando pidieren en esta forma vivir entre nosotros, no se les debe negar. Los padres antiguos, primeros evangelizadores en esta nueva Iglesia, comenzaron á recibir algunos indios en esta forma de hábito de donados, y se hallaron bien con ello. Entre

otros que recibieron, fueron dos hermanos, naturales de la provincia de Michoacan, llamados el uno Sebastian y el otro Lúcas, tan dignos de memoria como algunos frailes que en nuestra reputacion son tenidos por santos, porque ellos fueron ejemplarísimos en su vida, muy abstinentes, penitentes, devotos, grandes predicadores en su lengua tarasca y en la mexicana. Y aun entiendo que supieron otras lenguas de los bárbaros chichimecos, porque anduvieron entre ellos en compañía de religiosos, y entraron muchas leguas la tierra adentro entre los infieles, ofreciéndose á morir de muy buena gana en sus manos por amor de Jesucristo, y por el celo de la salvacion de sus ánimas. Estos dos indios (aunque no eran profesos) fueron siempre tenidos en reputacion y estimacion de frailes, por su mucha virtud y méritos, y cuando murieron se les hicieron los oficios y sufragios como si fueran verdaderos frailes. En lo de Jalisco hubo tambien otro indio, natural de Tuchpa, llamado Juan, que habia sido mercader, y gentil mozo, por lo cual le trataron muchos casamientos; mas él, teniendo propósito de guardar castidad, rogaba á Nuestro Señor que le diese gracia de servirle en continencia, y que si su Majestad fuese servido, le diese alguna enfermedad, por donde le dejasen en paz sus parientes y no trataran de casarlo. Oyó el Señor sus oraciones, y dióle una enfermedad en la garganta, de la cual quedó muy feo, y así lo dejaron de importunar, y él se hizo donado nuestro. Y un religioso gran siervo de Dios (que lo tuvo por compañero estando ambos solos en una casa) nos certificó, que se hallaba avergonzado y confuso en ver los ejercicios de oracion mental, y disciplinas y otras muchas buenas obras que aquel indio hacia. Otros donados hemos tenido, y tenemos al presente, muy buenos hijos, trabajadores y ejemplares, y entre ellos otro Juan como el pasado, que si todos los frailes fuésemos tan celosos de las cosas de la religion, y tan observantes de lo que prometimos, como él (aunque no lo prometió), resplandeceria la orden de S. Francisco en el mundo mas que el sol. Mas por ser vivo no se especifica quién es y dónde al presente está.

## CAPÍTULO XXIII.

*De otros indios que han dado ejemplos de mucha edificacion.*

Por no dejar otros buenos ejemplos que se me han ofrecido, y por no hacer muy largo el capítulo pasado, acordé hacer otro de esta

Ejemplos de señores que dejaron el mundo.

materia, que placiendo á Dios será mas breve, si la razon no me obligare á ser mas largo. Un mancebo llamado D. Juan, señor principal y natural de un pueblo de la provincia de Michoacan, que en aquella lengua se llama Tarecuato (como criado en la escuela de los religiosos), supo muy bien leer. Leyendo la vida del glorioso padre S. Francisco, que en aquella su lengua estaba traducida, vino en él tanta devocion y compuncion y tan ferviente espíritu, que muchas veces y con muchas lágrimas hizo voto de vivir en el hábito y vida que el padre S. Francisco instituyó. Y porque no se tuviese á liviandad su mudanza, perseverando en su propósito, dejó el hábito y ropa de señor que traia, y buscando sayal grosero, vistióse de él pobrememente. Y luego á la hora hizo libres muchos esclavos que tenia, y predicóles y enseñóles la ley de Dios, y atrájolos cuanto pudo á la guarda de sus santos mandamientos, y rogóles que como buenos cristianos se amasen unos á otros. Díjoles tambien, que si él oviera tenido antes conocimiento de Dios y de sí mismo, que antes los oviera libertado, y que se dolia (siendo él pecador) de haberlos tenido por esclavos, siendo todos comprados y libertados por la sangre de Jesucristo. Y que de allí adelante supiesen que eran libres, y volviolos á amonestar con santas palabras, rogándoles que fuesen buenos cristianos. Entonces (el desnudo por seguir á Cristo desnudo) renunció tambien el señorío, y las joyas y muebles que tenia repartiolo todo con los pobres, y demandó muchas veces el hábito de la orden en Michoacan. Y como allí no se lo diesén, vino á México, y en el convento de S. Francisco lo tornó á pedir, y como tambien allí se lo negasen, fué con la misma demanda al santo obispo Fr. Juan Zumárraga, dándole cuenta de lo que tenia prometido. El cual viendo su devocion y constante perseverancia, cobróle mucha aficion, y si pudiera lo consolara. Empero ya sabia que los frailes no habian de venir en ello. De esta manera estuvo algun tiempo el bueno de D. Juan, perseverando con su capotillo de sayal, y dando siempre muy buen ejemplo, hasta que llegó la cuaresma, y se volvió á Michoacan por oír en su lengua los sermones de aquel santo tiempo, y confesarse, como lo hizo. Y despues de pascua tornó á un capítulo que se celebró en México, perseverando en su demanda. Y al cabo de su mucha diligencia, lo que pudo alcanzar fué, que con el mismo hábito ó traje que traia anduviese entre los frailes, y que si les pareciese tal su vida y perseverancia, entonces le darian el hábito de la probacion. La bondad de vida y la perseverancia no faltó en el in-

dio; mas despues de haberlo largo tiempo consultado y remirado, los frailes acordaron de disimular con él y dilatarle el cumplimiento de la promesa, por no abrir la puerta para otros, y así en su hábito de donado acabó la vida. En Tlaxcala, un D. Diego de Paredes, señor de muchos vasallos, habiendo sido gobernador de aquella provincia, con consentimiento de su mujer, pidió al guardian de aquel convento le dejase estar en un rincon de aquella casa para encomendarse á Dios y hacer penitencia de sus culpas. Y con licencia del provincial le dieron una celdilla en lo alto de los terrados, donde estuvo por espacio de cuatro ó cinco años sin tratar con gentes, ni bajar, sino solamente á oír misa por una ventanilla que está en un rincon del tránsito por donde bajan á la sacristía, de do se ve el altar mayor. Hasta que al cabo de este tiempo, la mujer, por verse sola (que no tenían hijos), y hallándose embarazada con el cuidado de sus haciendas, pidió (como por justicia) que se lo diesén, y así hubo de volver á su casa contra su voluntad. Mucho antes de esto (porque era en el año de treinta y seis), de la misma Tlaxcala salieron dos mancebos criados y doctrinados en el monesterio, habiendo primero confesado y comulgado, y sin despedirse ni decir cosa alguna á sus deudos, se fueron mas de cincuenta leguas de allí, á do por ventura entendieron que habia mas falta del conocimiento de Dios por no haber allí religiosos de asiento, con celo de predicar la doctrina de su santa fe católica. Y despues de haber hecho fructo con su ejemplo y palabra, y padecido harto trabajo y mengua de mantenimiento por amor de Cristo, volvieron á su tierra, de que todo el pueblo recibió mucha edificacion, y particular contento los religiosos. Un indio, Miguel, natural de Cuatitlan, salió muy buen latino, y leia la gramática en el colegio de Tlatelulco. Este era muy buen cristiano, y amonestaba á sus discípulos el menosprecio del mundo. Cayó enfermo en la gran pestilencia, de que murió el año de cuarenta y cinco. Y estando ya al cabo de la vida, fuélo á visitar y consolar el padre Fr. Francisco de Bustamante, y entre otras cosas díjole en latin que se doliese mucho de sus pecados. El indio le respondió tambien en latin, y con gran sentimiento, diciéndole: «Oh padre, por eso tengo yo gran dolor, porque no puedo tener tan grande arrepentimiento de ellos como yo quisiera.» Bendito tal dolor y tal aparejo, que no lo pide Dios mayor ni mejor para usar de misericordia con el pecador, cuanto mas con quien tan pocos pecados tenia como aquel pobrecillo en la vida y rico en la muerte. Cerca de las cosas arriba dichas, podriame argüir alguno, preguntar

1536.

1545.